

## DETERMINANTES DE LA POLITICA EXTERIOR DE ISRAEL

El mundo de la postguerra se asemeja a un equilibrista empeñado en la tarea de avanzar por una cuerda floja tendida a inusitada altura. Absorto en su cuidado, se limita a prestar atención a cuanto pudiera afectar directamente su marcha alucinada, es decir, a aquello que acarrearía la estrepitosa ruptura de su inestable equilibrio. Tal situación de tensa vigilia explica que un hecho tan notable por todos conceptos cual ha sido la creación del Estado de Israel, en la práctica sólo haya polarizado preferentemente el interés mundial en razón de la guerra a que dió lugar. Rebasada esta etapa, Israel ha pasado a ser uno más de los diversos problemas que distan mucho de estar resueltos, liquidados o simplemente neutralizados, pero que únicamente preocupan de modo secundario dentro del panorama de un Oriente Medio donde se ventilan cuestiones de directísima y vital importancia para ciertas Potencias europeas. Sin embargo, aunque el mundo clava sus angustiados ojos en otros puntos de aguda tensión internacional, subsiste el acontecimiento de sobresaliente trascendencia del pequeño Estado de Israel, que ha surgido en circunstancias históricas y políticas nunca dadas. He aquí un pueblo que habiendo cesado de existir como nación hace dos mil años, a raíz de la extinción del Patriarcado de Galilea, sobre una exclusiva base étnico-religiosa supo conservar su personalidad a través de todas las vicisitudes, así como su voluntad de no desaparecer en cuanto pueblo distinto de los restantes, voluntad que plasmó Teodoro Herzl en 1897, al formular el sionismo como reacción contra la tendencia asimilacionista del liberalismo, entonces en su apogeo en Occidente. Rápidamente este sionismo político pugnó por la creación de un marco nacional propio, a semejanza de los demás países, aspiración que ha sido lograda después de la segunda guerra mundial con el establecimiento del Estado de Israel sobre los cimientos del Hogar judío de Palestina. De suerte que un pueblo de 15 millones de seres emigrados desde hace siglos, dispersado por el globo e insertado en las más diversas naciones y culturas, se ve de pronto dotado de un Estado central que se esfuerza en con-

ferirle la plenitud de su capacidad política y jurídica. Pero mientras que las demás naciones han llegado a su soberanía, a su estructura actual y a sus formas de gobierno a través de etapas escalonadas dentro de una única línea histórica de desarrollo y en un cuadro geográfico y cultural de cierta estabilidad, nada semejante ha sucedido con Israel, que ha pasado del estado de pueblo sin territorio propio al de nación soberana moderna, prescindiendo de esos eslabones que son las fases de evolución clásica de cualquier nación. Tal vez sea esta circunstancia, de suma originalidad, la que presta al Estado de Israel su estructura un poco seca y abstracta de teorema o de construcción científica, que en determinados extremos resulta un poco artificial. En relación con nuestro concepto habitual de Estado, nación y pueblo nacional, Israel aparece como el esperanto frente a los idiomas tradicionales, y ello a pesar de su pasado multiseccular.

Esta carencia de una línea evolutiva que señalan la Historia y la Geografía en los planos del tiempo y del espacio, tanto se observa en el orden interno de Israel como en el de su política exterior. En ambos aspectos hay como un esfuerzo de adaptación, que diríamos retiene preferentemente nuestra observación en el aspecto exterior si no se evidenciara cada día más cuán artificiosa es la división de la política en interior y exterior. Lo es tanto como la oposición de la materia y el espíritu referida al hombre según el método cartesiano, que, trasladado al terreno de la política, hace que se la considere como heterogénea, cuando en realidad política interior y política exterior son dos puntos de vista distintos para observar un todo único. Por lo demás, en el mundo actual los problemas se plantean de tal forma que las fronteras de la individualidad política de un país pertenecen a un plano internacional que anula en cierto modo las de su individualidad territorial, o sea estrictamente nacional, lo mismo que los límites fisiológicos de un órgano son más amplios que los anatómicos, por lo cual dicho órgano está en constante relación con la totalidad del cuerpo humano. Es decir, que una nación participa en su vida interna y externa de las demás naciones y que es esta circunstancia la que condiciona los rumbos de su política, tanto exterior como interior. En razón de su peculiarísima situación de pueblo multiseccular, con ramificaciones en el mundo entero, y de nación jovencísima de reducida extensión, Israel es un ejemplo típico de esa interdependencia de los problemas internos y externos y del hecho de que las condiciones y necesidades interiores de un país condicionan su política exterior.

Los problemas que gravitan sobre el Estado de Israel en el orden interno pueden reducirse a un común denominador que origina los mismos: la existencia de la Diáspora. Hace unos meses, el Sr. Dobkine, miembro directivo de la Agencia Judía, ha sentado que «la realización

del sionismo» es agrupar en la tierra de los antepasados a los hebreos dispersos por el mundo. De donde se deduce que el movimiento inmigratorio que alienta un Estado de Israel nacido del sionismo es substancial con él y condición indispensable de su justificación. Como también implica dicha finalidad la explotación, industrialización y puesta en marcha económica del país, con vistas a recoger a los israelitas que aspiran a ser ciudadanos de un Estado semejante a los otros, y que teóricamente son todos los israelitas del mundo (1). Prescindiendo de las dificultades técnicas que acarrea esta política de la puerta abierta de par en par a la corriente inmigratoria, procede destacar en primer término lo que podríamos calificar de aspecto nacional de la misma, pues las procedencias muy distintas de los grupos inmigratorios plantea delicadas cuestiones de divergencias culturales, tradicionales e idiomáticas, poco propicias a favorecer la auténtica unidad del pueblo israeliano cuando no se trata de períodos de crisis, ello por lo menos en un plazo próximo y a pesar de una base común étnico-religiosa. En efecto, es casi ocioso consignar el abismo que media de hecho entre un israelita procedente, por ejemplo, de Alemania y los que se trasladan a Israel desde el Irak, influidos por el medio ambiente musulmán en que las comunidades se han desenvuelto durante siglos. Aparte de este obstáculo de formación mental y costumbrista, existe entre los diversos grupos inmigrados la valla del idioma, de la que se ha dicho con tanta pertinencia: «Un pueblo, lo mismo que un individuo, está articulado, determinado y limitado en su formación psíquica consciente por las formas, las construcciones, los sonidos y los ritmos del idioma que habla.» Sin duda, el hebreo es el idioma oficial de Israel, el que teóricamente deben hablar y escribir todos los israelitas. Pero en Israel, donde la teoría y la práctica tienen múltiples ocasiones de oponerse, el segundo idioma después del hebreo es el alemán, por ser el contingente israelita procedente de Alemania el más nutrido numéricamente (2). Y también el más valioso culturalmente. Por lo demás, cada cual tiende a conservar el idioma habitual de la comunidad israelita de origen, lo que acrecienta la tendencia de los grupos de idéntico origen a vivir entre sí dentro de la honda división creada por el origen europeo u oriental de los inmigrados. Si a estos factores, que si no son de radical división en períodos de tensión, resultan ser poco propicios a la unión, se agregan las inevitables rivalidades derivadas de la antigüedad en el establecimiento en el país, la pugna sorda entre colonos de formación occidental que trasladan a Israel los empeños de supremacía de las naciones en que se

(1) Prácticamente, esta preocupación se manifiesta preferentemente en el sector que calificamos del proletariado judío, y el reciente llamamiento de Israel en pro de la inmigración de elementos profesionales y técnicos no ha constituido un éxito.

(2) Datos del Servicio de Información de Israel en Roma, octubre de 1960.

han insertado secularmente y el recelo entre colonos instalados en el campo y emigrantes asentados en las ciudades, no es aventurado llegar rápidamente a la conclusión de que la política y organización de Israel han de llevar el sello de esta especie de confusión básica, de esta dispersión espiritual hacia los cuatro puntos cardinales. Dentro de la línea de lógica evolución de esta situación, no aparece como próximo el remedio, porque la generación futura que saldrá de esta retorta adolece desde la escuela del mismo vicio de multiplicidad que afecta a la generación actual. No existe hasta la fecha en Israel una escuela donde la diversidad pudiera fundirse en unidad para «el pueblo nacional», y ello a pesar del número de escuelas que señalan las estadísticas. En efecto, esas escuelas numerosas son fiel trasunto de los sistemas filosóficos y los programas políticos de los grupos que se codean en la reducida área de Israel. Por carencia de un acuerdo entre los representantes de las diversas tendencias, por falta también de un cuadro bastante numeroso de maestros debidamente preparados, no existe en Israel una escuela estatal o que recoja y plasme las tendencias nacionales representadas por el Estado. La escuela es obligatoria, pero la enseñanza es dada por cuatro principales grupos distintos (3). Es evidente que este sistema implica en los albores mismos de Israel una rémora para un futura estructuración de la idea del Estado y de la comunidad nacional en torno del Estado. Por tanto, prescindiendo de lo religioso, que los constructores de Israel no han utilizado como piedra angular de su edificación, como tampoco puede utilizar el concepto racial de raíz religiosa, ¿queda mucho más que un pueblo empeñado en fundir la dispersión en armonía y en rellenar a marchas forzadas un hueco histórico de siglos? Así lo parece, a menos de que la unidad que se trata de establecer en Israel fuera a un tiempo temporal y espiritual. Lo cual sería en contra de la corriente mundial que tiende a diferenciar cada vez más lo temporal de lo espiritual. Por otra parte, salvo en el grupo religioso, sumamente conservador, no se observa en Israel una orientación hacia la solución de tipo teológico. No ha de extrañar, por tanto, que el Gobierno del inamovible o insustituible Ben Gurion, busque una fórmula de compromiso que sin descartar totalmente el elemento religioso del edificio de Israel lo funda con la ideología socialista, que precisamente, por falta de adaptación progresiva con la realidad israeliana, tiene las secas aristas de un resultado de experiencia de laboratorio. No por ello pretendemos sentar la conclusión de que sea exacto reflejo de la diversidad política que esmalta el pequeño Estado de Israel el Gobierno mapaísta-

(3) Existen las escuelas de la Unión Sindicalista: unas, reflejo de la tendencia laborista del Gobierno; otras, neo-comunistas, y dos sistemas de escuelas «confesionales» que rivalizan de ortodoxia, según señalaba en un artículo de «Bund», de Berna, *L'Etat d'Israel en devenir*, S. DE B. Hay que contar también con un pequeño número de escuelas cristianas, donde los israelianos envían a sus hijos pese al clamoreo de los nacional-izquierdistas y del grupo rabínico.

religioso-independiente, presidido por Ben Gurion, que ha sido derrotado por cinco votos en el Knset el 14 de febrero en ocasión de un voto sobre la cuestión de la enseñanza religiosa, pese a lo cual, y en espera de las elecciones, sigue este Gobierno despachando los asuntos de trámite.

No por sus reducidas proporciones territoriales y el exiguo número de sus habitantes, se priva Israel de un lujo derrochador de partidos, tendencias, movimientos y programas políticos. Por el insistente mantenimiento de su «leader» Ben Gurion al frente del Gobierno, destaca, en primer lugar, el partido Mapai, que siendo desde luego socialista es influido de tal forma por los conceptos anglosajones en la materia que generalmente se le llama el partido laborista israeliano. Es decir, que aun cuando esta fórmula políticosocial abogue en favor de la estructuración socialista del Estado (nacionalizaciones, organización peculiar del Ejército y de la Agricultura, intervención estatal de la economía, etc.), existe en la práctica una cierta preocupación por no romper radicalmente con las normas que rigen el desenvolvimiento político y económico de los países menos entusiastas del sistema teórico, en particular los Estados Unidos, la gran esperanza financiera de Israel, necesitado de modo perentorio de los dólares del tío Sam para hacer frente a los gastos de la puesta en marcha del país y al dispendioso esfuerzo inmigratorio. En definitiva, el Mapai realiza una política socialdemócrata y forma parte de la Internacional Anticomunista de los partidos socialistas mundiales. Sigue al Mapai, por su importancia y la influencia que ejerce en el país, aun cuando no ha entrado a formar parte de ningún Gobierno de coalición, el partido obrero Mapam, partido también socialista para el que no existe otra solución calificativa que utilizar la redundancia de llamarlo socialista de izquierda (4). ¡Se está hilando tan fino en materia de diferenciación ideológica! En realidad, el Mapam sustenta una ideología neo-comunista y nutre sus filas de obreros industriales y agrícolas pertenecientes a los Kibbutzim (5). En cuanto al frente religioso, bloque religioso o rabínico, cuyos representantes se habían visto atribuir tres carteras en el último Gobierno Ben Gurion de 30 de octubre de 1950, recientemente dimitido, es con cierta propiedad el sustitutivo israeliano de los viejos partidos occidentales de derechas. Aunque

(4) La oposición entre las dos tendencias del socialismo israelita se ha acentuado durante los dos últimos años y se ha puesto de manifiesto en las últimas elecciones municipales, en las que, por otra parte, se ha observado una reacción derechista.

(5) Establecimientos agrícolas de base colectivista, que son, en cierto modo, un marxismo llevado a la práctica.

«Las primeras colonias colectivas fueron fundadas antes de la primera guerra mundial de 1914. Degania nació en 1911. Compuesta de jóvenes obreros judíos que procedían del ambiente socialista ruso de 1900-1910, esta colonia empezó a funcionar como colonia cooperativa... Actualmente el movimiento kibbutzista cuenta aproximadamente con 65.000 almas.» Denise R. GAMZON: *Villages collectifs en Israel: Kvoutsa et Kibbouts*, «Esprit», abril 1951, París.

tiene 16 escaños en el Parlamento, no constituye en realidad un frente unido, pese a la etiqueta unificadora, puesto que agrupa a conservadores, moderados y liberales. No obstante, en líneas generales, se halla opuesto a toda política de izquierdas. «El bloque religioso no quiere que el Estado de Israel tenga una Constitución moderna y se declara a favor de la aplicación pura y simple de los principios religiosos contenidos en la Thora», ha escrito, con el apasionamiento natural del caso, Sawt Al-Umma (6). Pero la probabilidad de que este frente religioso imponga íntegramente sus puntos de vista va estrechamente ligada al hecho de que los israelitas recién llegados permanezcan apegados a la fe de sus antepasados. El florecimiento de los partidos de raíz marxista y organizaciones derivadas de este sistema, que no es sólo político, señalan, cómo siendo sólo la posición de una minoría —precisamente la de los obreros procedentes de las regiones menos progresadas—, la conservación en su pureza de la fe mosaica, el ideal del viejo Israel. El pueblo, tanto en sus élites como en sus masas, aparece, en líneas generales, indiferente a la cuestión religiosa. En realidad, la mística religiosa tiende a esfumarse tras la mística marxista o pseudo marxista con derivaciones curiosamente raciales. Por lo demás, el marxismo en su forma actual más auténtica, que es el comunismo, tiene un partido en Israel, el Maki. Ciertamente que de escasa importancia numérica y, por ende, de poca influencia directa, pero que no deja de estar presente en el tablero de la política israelita (7). Sólo de pasada, consignaremos el Partido de la Libertad, heredero del Irgum, que lucha por los derechos históricos de Israel. El juego no anda entre estos grupos, que más se limitan en la actualidad a desempeñar el papel de árbitros de una situación que no han de dilucidar. Intencionadamente hemos dejado en último lugar la Asociación General Sionista, de carácter oficialmente apolítico, pero que a través del Congreso Mundial Judío está en contacto con las comunidades de la Diáspora y que reiteradamente ha exigido como condición previa para formar parte de una combinación ministerial una modificación de la política económica apadrinada por Ben Gurion. Ello implica que la Asociación General Sionista es el portavoz del sector financiero judío mundial.

Finalmente, la reducida área y población de Israel convierten a este país en un concentrado de extrema sensibilidad a los efectos de tales divergencias ideológicas, que no hacen más que reproducir en pequeña escala las disensiones típicas de las naciones democráticas occidentales, con la notable diferencia de tener éstas un substrato nacional, político

(6) Sawt Al-Umma del 20 de octubre de 1950, Prensa Egipcia.

(7) Las últimas elecciones municipales han acusado una influencia comunista en la votación de los árabes de Israel, síntoma digno de ser retenido para las futuras elecciones legislativas y asimismo para las modernas tendencias político-sociales del mundo árabe.

y económico de que carece Israel donde cimientos y construcción se confunden en una idéntica novedad y donde sólo tiene carácter permanente lo étnico-religioso tan reiteradamente señalado. Pero pretender conciliar o armonizar fórmulas gubernamentales derivadas de los Derechos del Hombre o del *Capital* de Karl Marx con los principios mosaicos y con la Thora, es buscar la cuadratura del círculo que toda la habilidad dialéctica de Ben Gurion, su tesón y sentido político no han de lograr acaso. En particular si no se pierde de vista que esta experiencia se está llevando a cabo en medio de un incesante llegar a Israel de nuevos elementos inadaptados que no dan tiempo a que se sedimente la capa inmigratoria anterior, ello particularmente en el aspecto económico, punto álgido del problema de Israel.

Reducido a su más simple expresión, dicho problema estriba en levantar de nueva planta el edificio de un Estado moderno socialista, organizado para engranar con el complejo sistema económico mundial. Tal propósito implica una enorme inversión de capitales con vistas a fomentar, por una parte, la agricultura y, por la otra, a crear una industria destinada a un tiempo a cubrir las necesidades interiores de Israel y a promover la exportación indispensable para equilibrar la balanza comercial en la que pesan las ineludibles exigencias de la importación en el caso de un país que como éste es pobre en materias primas. Nos abstenemos de entrar en el detalle de los esfuerzos llevados a cabo por Israel para crear una economía equilibrada, limitándonos a indicar que en el curso del pasado verano la situación económica israelita adquirió caracteres catastróficos, al extremo de motivar en Jerusalén una reunión de personalidades judías de Estados Unidos y Gran Bretaña en particular, para tratar con el Gobierno de Israel de los medios de salvar al joven Estado de una crisis que amenazaba su misma existencia. En esa ocasión, Ben Gurion expuso su plan de tres años y pidió 1.000 millones de dólares para su aplicación y para remediar una situación creada en parte por la llegada de nuevos contingentes inmigratorios desprovistos de recursos, previstos por el plan inmigratorio gubernamental, y que son indispensables para la puesta en marcha del país. Tal plan prevé la instalación en el territorio de 600.000 israelitas hasta 1953.

Pero Israel cercado por países árabes enemigos que lo someten a una guerra fría que en ocasiones se torna caliente, como en el reciente incidente fronterizo con Siria, teniendo que soportar el boicot económico por parte de los mismos, escaso de materias primas y casi carente de exportaciones (las cifras que arroja la exportación de Israel por ahora apenas tienen significación en el orden económico), no puede por sí solo poner en movimiento la pesada y compleja máquina de un Estado moderno liquidando al mismo tiempo la Diáspora. Esta obra gigantesca, valerosamente emprendida por un enano, exige imperiosamente una ayuda, que

únicamente puede venir de América de modo sustancial. Los hebreos de América, verdaderos progenitores de la patria israelita, han hecho ya don a Israel de 350 millones de dólares, 250 el año de la guerra y 100 en el año 1949, aparte de los envíos que se realizan a través de la Caja Judía. La petición de 1.000 millones de dólares hecha entonces por Ben Gurion no parece que pueda ser atendida ni total ni parcialmente en concepto de nuevo regalo. No obstante, en la reunión de Jerusalén no se descartó la posibilidad de que fueran concedidos los dichos 1.000 millones, pero a base «de inversiones con ciertas garantías y concedidos con un interés muy bajo», hecho éste que implicaría, bajo la presión del exterior, una modificación de la política interior del Gobierno israelita hacia un concepto menos rígido del socialismo. Porque es sabido que el principal obstáculo que se presentaba en septiembre de 1950 al préstamo solicitado de Estados Unidos era el empeño del equipo gubernamental de combinar la experiencia nacional israelitana con la socialista, lo cual era un modo cierto de retraer las inversiones del capital, ya que una de las paradojas de Israel ha sido a lo largo de dos años utilizar los fondos facilitados por sus bienhechores capitalistas para organizar un sistema radicalmente anticapitalista. El viaje que a principios de marzo ha emprendido a Estados Unidos el dimitido y siempre presidente Ben Gurion se sitúa dentro del marco de este problema financiero cuya solución es vital, no ya para el futuro de Israel, sino para su presente mismo, a pesar de la creciente amenaza de inflación que acarrearán estos incesantes préstamos del extranjero. Este último empréstito, un tanto paradójicamente llamado de la Independencia, marca una notable reducción de las peticiones que hacía Israel el pasado verano, pues las negociaciones se han entablado sobre la base de 500 millones de dólares, necesarios para que Israel prosiga su marcha en cuanto nación soberana.

No solamente por su política socialista interna Israel se ha visto llevado hacia un callejón que no tiene otra salida en el plano económico que los empréstitos. Su política exterior de neutralidad a toda costa, coincidente con la formación y consolidación de dos bloques mundiales irreconciliables, lo ha excluido de beneficiarse de los subsidios que los americanos han derramado sobre sus encarnizados enemigos los árabes. Y así se nos evidencia cuán difícil es que Israel mantenga por más tiempo su anterior política exterior de neutralidad, más teórica que práctica por lo demás, ya que ésta se halla estrechamente vinculada a la precisión de resolver sus problemas interiores. En este sentido han de ser interpretadas las declaraciones que recientemente hizo Ben Gurion ante la Cámara y el Senado de Massachussetts al decir que Israel estaría siempre al lado de las democracias, agregando que la generosidad y la ayuda de los americanos serían muy apreciadas en Israel.

Por otra parte, desde hace ya tiempo, diversos sectores de la opinión



israelita coincidía en afirmar que la política de neutralidad de Ben Gurion, representada por Moseh Sharet, no reflejaba en modo alguno el deseo del pueblo israelitano. Sin entrar ni salir en esta cuestión, se nos aparece que si en el aspecto cotidiano del vivir procede colocar un cartel con la advertencia «noli me tangere» junto a un objeto por mal ensamblado en extremo frágil, en el aspecto internacional no se presenta teóricamente como descabellada la idea de cercar con barreras de neutralidad a un Estado recién nacido, carente de raíces auténticamente nacionales, políticas, económicas y culturales, es decir, el pequeño y joven Estado de Israel. La política de neutralidad era la que lógicamente debía seguir este país, la única que podía seguir, la única que le hubiera convenido poder seguir hasta su estructuración definitiva, si el problema de la política internacional se planteara en el mundo sereno de la abstracción y la teoría que no altera la realidad concreta y exigente. Por consiguiente, no ha de sorprender que desde el nacimiento de Israel como nación, el Gobierno se aferrase a aplicar sin desviaciones el programa de política exterior que el Parlamento ratificó en marzo de 1949.

El primer punto de este programa señaló claramente el propósito del «mantenimiento de relaciones amistosas con Estados Unidos y con la Unión Soviética», lo cual, dada la división del mundo en dos bloques, equivalía a querer navegar, velas desplegadas, en plena utopía, a pesar de que tal política se justificara por dos motivos perfectamente razonables: asegurarse la ayuda financiera del Occidente y conservar la posibilidad de que la Unión Soviética autorizara la salida del territorio soviético de la minoría hebrea allí residente, punto éste que constituye el vivo deseo de Israel. Pero como recordaba últimamente un publicista israelita en *Haaretz*, de Tel-Aviv, «la Unión Soviética no admite la noción de neutralidad. En la doctrina de Lenin y Stalin la neutralidad no tiene cabida en el seno de la lucha de clases. Ahora bien, el conflicto mundial actual no es sino la transposición de la lucha de clases a la escala del mundo.» En cuanto a Estados Unidos, ocioso es recordar que utiliza todos los recursos materiales y espirituales con vistas a una política de movilización total contra el bloque antagónico. Por tanto, todo paso dado en el camino de una aceptación de ayuda por parte de los Estados Unidos, cualquiera que sea el nombre o forma de tal ayuda, tiene visos de representar para los pilares máximos del bloque llamado occidental una toma de posición reñida con la pretensión de ser a un tiempo amigo de dos enemigos irreconciliables. Y, sin embargo, éste ha sido el propósito que ha informado oficialmente la política exterior de Israel hasta que la guerra de Corea lo colocó en el trance de tomar partido en la O. N. U., de definirse en una hora de aguda tensión en que el menor gesto adquiriría caracteres de compromiso. Ciertamente es que el equipo gubernamental israelita, que no carece de dotes dialécticas

muy sutiles, características del pueblo hebreo, ha argüido en esta ocasión que el apoyo de Israel al Consejo de Seguridad en el asunto coreano no tenía otra significación que adherir a la política de las Naciones Unidas y no a la de Norteamérica. Pero la interpretación que un país da de sus decisiones carece de importancia en una época en que la voz de lo individual y de lo nacional se ahoga en el estrépito de la lucha entablada entre dos colosos de la magnitud de Estados Unidos y la U. R. S. S. A partir de entonces, la línea de la política exterior de Israel, que pasaba idealmente por la frontera del bloque occidental y del comunista, sufrió una desviación, por ligera que fuera, hacia el campo occidental por el mero hecho de que Rusia consideró ilegal la resolución del Consejo de Seguridad, o sea de la O. N. U., de intervenir en Corea. La cautela con que Israel ha prestado su apoyo al Ejército de las Naciones Unidas en Corea, y que por lo demás se ha reducido al envío de personal sanitario y medicamentos, no ha sido de naturaleza a disipar los recelos que en aquella ocasión despertó en la U. R. S. S. el pequeño Estado cuyo voto tiene tanta validez como otro cualquiera en el seno de la O. N. U. Recelo no disipado por la votación en contra de la propuesta favorable a la derogación de los acuerdos de 12 de diciembre de 1946 relativos a España, aunque sin duda fuera ésta una de las finalidades perseguidas entonces por Israel, paletada de arena sobre la paletada de cal coreana. Siempre en busca de un equilibrio entre dos extremos antagónicos, es decir, fiel a su deseada neutralidad, desde que la intervención china empezó a preocupar preferentemente las Naciones Unidas más o menos integradas en el bloque occidental, Israel se esforzó por hallar una fórmula conciliatoria con toda independencia de los enemigos reales o virtuales en presencia. Esto no impide que bajo la presión de los acontecimientos y de los hechos Israel pueda eludir cada vez menos la adopción de una actitud definida dentro del grupo occidental, aunque sólo fuera en razón de esa especie de fatalidad que actualmente domina e impone las decisiones de los pueblos por encima de su voluntad y de sus más decididos propósitos. Esa fatalidad gravita particularmente sobre Israel donde pasado, presente y futuro ofrecen tonos sombríos de tragedia vivida o en potencia a causa de la contextura interna de ese diminuto Estado carente de una verdadera unidad, imperiosamente necesitado del mundo occidental, cercado por pueblos enemigos y geográficamente situado en una área que es uno de los teatros eventuales de la conflagración posible. Por lo demás, la evolución cautelosa de Israel hacia el bloque occidental se puso en particular de manifiesto en el curso del debate de finales de enero sobre la política exterior. En su intervención, el Ministro de Asuntos Exteriores, Moseh Sharet, dijo en particular: «La crisis actual acrecienta inevitablemente los lazos de Israel con el *mundo abierto*», sutil eufemismo que disimula el aparta-

miento de una línea de neutralidad defendida con tesón. Por otra parte, después del citado debate, el 26 de febrero, el Gobierno dimitido, presidido por Ben Gurion, procedió al parecer a la firma del acuerdo israelo-americano para la aplicación a Israel del Punto IV de Truman que prevé en primer término el envío de técnicos israelitanos a Estados Unidos y de peritos americanos a Israel.

Ahora bien, ¿convendría a Israel seguir aferrado a una neutralidad difícilísima o inclinarse decididamente al bloque occidental? Si tenemos en cuenta que del acierto del Gobierno de Israel en su decisión depende la existencia misma de Israel, es fácil comprender la responsabilidad que entraña una decisión de este tipo y que por ello los dirigentes de Israel procuren no tratar claramente la cuestión e intenten practicar por más tiempo una política que aparentemente es la de la avestruz, pero que hasta ahora ha tenido éxito. Sin embargo, tal política no descarta los peligros que amenazan a un Israel oficialmente neutral, prácticamente inclinado hacia el Occidente por imperativos económicos, el primero de cuyos peligros es el árabe. En efecto, es fácil prever que en la primera coyuntura favorable, los países árabes vencidos militarmente, pero que mantienen íntegras sus reivindicaciones, no vacilarán en tratar de restablecer la situación según su criterio de la justicia. Sin ambigüedades de ningún género así lo ha declarado en el pasado febrero Amin El Husseini, Gran Mufti de Jerusalén, en la Conferencia del Mundo Musulmán que se celebró en Karachi (8). El reciente incidente sirio y el entusiasmo, por lo menos verbal, de los restantes países árabes para cooperar con Siria muestra claramente cuantos rescoldos hay bajo la aparente ceniza de las treguas, las paces separadas y las buenas componendas de la Comisión de la O. N. U.

Por otra parte, en el caso de que una de las áreas afectadas por la contienda fuera el Próximo y Medio Oriente, independientemente de las reacciones de los países árabes respecto a Israel, se han venido considerando dos hipótesis. La primera, que no aparece digna de ser retenida dado el giro que ha tomado el conflicto anglo-iraniano, era que Turquía y Persia lograran constituir una línea de detención sólida frente al empuje de la U. R. R. S. o de sus satélites. La atención especial que han venido prestando los Gobiernos de Wáshington y Londres a esta región, y en el marco de la cual se han de situar las conversaciones celebradas en el pasado febrero en Ankara y Estambul entre Mr Mac Ghee, adjunto de Estado americano para los asuntos del Próximo Oriente, y el Ministro de Asuntos Exteriores turco, Fuad Koprülu, evidencian que las poten-

---

(8) Dijo en particular: «Ningún musulmán debe desesperar y sí tratar por todos los medios de reconquistar Palestina y tener siempre en cuenta la terrible lección que ha sido para nosotros la guerra en ese territorio. La actual situación constituye una amenaza constante para el Oriente Medio.»

cias occidentales no desechaban la posibilidad de que Turquía, y entonces también Persia, pudieran ser una barrera eficaz contra el avance soviético. De desarrollarse las operaciones en esta forma, los países árabes hubieran constituido una retaguardia con cuya colaboración hubiera sido preciso contar para convertir su territorio en zona de paso de los refuerzos enviados hacia la primera línea de defensa occidental, sea la frontera turco-persa con Rusia. En tal caso el territorio israelita hubiera adquirido una estimable importancia estratégica con sus pistas de aviación en buenas condiciones y su importante puerto de Haifa, ello cualquiera que fuera la postura adoptada por Israel.

La otra hipótesis a que aludíamos es la de un desarrollo de la contienda menos favorable para el bloque anticomunista, tesis que al parecer predominó en los Estados Mayores hasta fecha reciente. Nos referimos al plan tendente a considerar, Turquía y Persia, por una parte, Irak, Siria y los restantes países árabes, por la otra, no como una línea definitiva de defensa, sino como una zona destinada a retrasar el avance soviético. La resistencia de las potencias a incluir a Turquía en el Pacto Atlántico y la frialdad para confiar a este país la defensa del Mediterráneo Oriental, deben ser interpretados acaso como el propósito de no volcar sobre esta línea los recursos derivados de los compromisos de un pacto formal. También pensamos que en este sentido ha de ser interpretada la declaración tripartita de 25 de mayo de 1950 relativa a la necesidad de los países árabes «de defender sus fronteras», es decir, de entorpecer el avance comunista con guerrillas, ya que otra actuación militar apenas puede esperarse de estos Estados desarticulados entre sí a pesar de los Pactos de Seguridad suscritos y renovados. De acuerdo con este supuesto, la verdadera línea de defensa occidental quedaría establecida en Africa. En caso de conflagración, de evolucionar la situación en este sentido, excusado es consignar la suerte que correría el Estado social-demócrata de Israel, con su sionismo «pequeño burgués» en opinión de la U. R. S. S., que por lo demás tiene fiadores en el territorio mismo.

Así, pues, en ambas conyunturas que han preocupado la opinión de Israel, como lo ha reflejado su prensa, la supervivencia de esa nación en su forma actual de diminuto Estado soberano, social-demócrata y neutral aparece utópica. La posibilidad para este Estado recién nacido a la vida nacional e internacional de mantenerse a flote en el temporal que amenaza al mundo se reduce, en el mejor de los casos, que es la victoria del bloque occidental, a una vinculación formal con el mismo, sea dentro de un Pacto general, sea mediante un Pacto unilateral, por ejemplo, con Turquía, ello con vistas a recibir las garantías y los medios eficaces para mantener sus fronteras, en primer término contra sus más próximos enemigos, los árabes, si Turquía logra detener el empuje soviético. Conside-

rando el curso de las operaciones militares desde un ángulo menos optimista, o sea el de una ocupación temporal del Medio y Próximo Oriente por la U. R. S. S., Israel, aun avasallado y arrollado, conservaría la posibilidad de reemprender en un futuro victorioso para las potencias occidentales su construcción sobre los actuales cimientos jurídicos reconocidos por las Naciones Unidas.

Estas consideraciones no tienen la pretensión de profetizar la vinculación formal de Israel con el bloque occidental, hacia el que es evidente que se inclina lentamente. El hecho está tan demostrado, que esta auténtica verdad meridiana excusaría la anterior exposición. Únicamente hemos tenido el propósito de considerar objetivamente los principales factores que motivan esa alteración del rumbo internacional de Israel, nación en que se acusan los duros imperativos de esa determinación política a que antes aludíamos, en razón de la interdependencia de los órganos que constituyen el cuerpo angustiado del mundo actual. Puede ser que los lazos formales que unan Israel al Occidente sean un acontecimiento que aun se difiera, si lo permite la circunstancia internacional, pero está fuera de dudas que será. No es la voluntad teóricamente soberana de Israel la que decidirá en último término esa vinculación ineludible, sobradamente prevista: son sus circunstancias internas y los acontecimientos que se desarrollan más allá de sus reducidas fronteras y por encima de su voluntad tensa, pero ínfima.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA



### III. - CRONOLOGIA INTERNACIONAL

